

CAPITULO LXXX.

Donde se cuentan muchas cosas, y otras pocas más

No podeis figuraros, gran señor, le dijeron, lo agradecidos que estamos á vuestras bondades. A no ser por vos no hubiéramos conseguido el librarnos jamas de los atropellos de los de Culúa. Sin embargo del escarmiento que han sufrido, los que han podido escapar andan vagando por los alrededores. Sabemos que en Izcucan, cuatro leguas de Culúa, estan reclutando gente para caer de nuevo sobre nosotros.

—No tengais cuidado miéntras permanezcáis fieles á la amistad que me habeis jurado. Pronto esos mal aconsejados rebeldes sufrirán el castigo que merecen. Voy á dar mis órdenes para salir inmediatamente en su persecucion.

Los emisarios partieron muy tranquilos.

Hernan Cortés, al frente de su ejército, se dirigió á Izcucan.

Es verdaderamente fabuloso que su ejército, apénas sin descansar algunas horas, se empeñase todos los dias en nuevas luchas y alcanzarse siempre la victoria.

La conseguida allí fué asombrosa.

Despues de desalojarlos de la ciudad, persiguió á los fugitivos, y más de seis mil quedaron fuera de combate.

Bien es verdad que el ejército de Cortés contaba ya con más de ciento veinte mil soldados, número que se aumentaba todos los dias por la fama de sus victorias.

Izcucan es una bonita ciudad.

Su principal riqueza la constituye la abundancia de fruto y algodón.

Tiene tres mil casas, buenas calles, cien templos con cien torres.

En un cerrillo hay una fortaleza.

A excepcion de este punto, lo demas todo es llano.

Pasa por allí un rio, y en las inmediaciones habia una pared, especie de muralla de piedra que defiende la entrada de la ciudad.

Despues de la batalla concedió Cortés dos horas de saqueo.

Los indios que formaban parte de su ejército se apoderaron de cuanto hallaron.

El se limitó á quemar los ídolos y destruir las torres.

Mandó poner en libertad á dos de los prisioneros que habian cogido en la refriega, y les encargó que asegurasen al cacique que podia regresar con sus vasallos siempre que reconociese su autoridad.

—Decidle, añadió, que nada tiene que temer de nosotros. Si somos severos para castigar las ofensas que se nos infieren, tambien sabemos ser generosos y clementes despues de la lucha.

Todos deseaban volver á sus casas, y ante las seguridades que les ofrecia Cortés, acudieron á presentarse á él y á pedirle perdon.

Cortés les perdonó, y les preguntó cómo no habia venido su cacique.

—Señor, dijo uno de ellos, nuestro cacique es pariente del emperador de México. Sabe las diferencias que de él os separaran, y no se ha atrevido á presentarse, temeroso de arrostrar vuestras iras.

—¿Y á quién habeis nombrado para sucederle en el mando de la provincia?

—No hemos logrado ponernos de acuerdo, dijo uno.

—Decid más bien, contestó otro, que os empeñais en que prevalezca vuestra opinion. A no ser así, ya estaria aclamado por nuestro señor el que de derecho le corresponde: un hijo bastardo de Catazinicingo, á quien sacrificó inhumanamente Moctezuma.

—No reconozco yo ese derecho que decís asiste á vuestro patrocinado. Si le eligiésemos, daría lugar su eleccion á mil trastornos. El hijo de nuestro actual cacique tiene muchos partidarios, y ya que este abandona nuestro territorio, justo es que aquel le suceda en el mando.

Cortés interpuso su autoridad, y acordaron que el hijo del cacique reemplazara á su padre.

Era pariente muy cercano de Moctezuma por parte de su madre, y esto influyó poderosamente para que obtuviera la preferencia.

Sabido es que entre los indios era costumbre que heredasen al padre los hijos habidos en parientes de los reyes de México.

Cortés alegó esta circunstancia que concurría en su protegido, y á esto se debió que recayera en él la eleccion.

Estando apaciguando esta diferencia, llegaron embajadores de ocho pueblos de la provincia de Tlaxcala, distante unas cuarentas leguas de allí, á someterse á su obediencia.

Cortés se felicitó de aquel nuevo triunfo, y despues de acoger benévolamente á los emisarios, tornó á Segura de la Frontera, dejando en las ciudades conquistadas últimamente los refuerzos que aconsejaba la prudencia, para evitar nuevos disturbios.

Las múltiples atenciones que sobre él habian pesado despues de la batalla de Tepeaca le habian impedido comunicar á Tlaxcala los triunfos obtenidos.

Despachó emisarios con este objeto, y en la parte que envió hacia especial mencion del notable hecho de armas llevado á cabo por Xicotencal.

Pedia que al héroe de aquella hazaña se le devolvieran los honores y consideraciones que habia disfrutado en otro tiempo.

En el momento en que se terminó la edificacion de la fortaleza, puso en libertad á los prisioneros.

Este rasgo acabó de captarle las simpatías de todos.

Aquellos infelices estaban inconsolables, porque creían que los españoles seguirian las costumbres que existian entre ellos.

En efecto; entre aquellos indios se practicaba el horrendo crimen de hacer esclavos á cuantos prisioneros caian en su poder.

Despues de herrarlos inhumanamente, los llevaban á los mercados y los vendian?

Hernan Cortés dejó el mando de las tropas á Alvarado, y fué á Tlaxcala para presentar solemnemente al senado á Xicotencal.

Al llegar á la ciudad, un anciano y una mujer salieron al encuentro del afortunado guerrero.

Eran su padre y su mujer.

El anciano, ébrio de alegría:

—Ven, hijo mio, ven á mis brazos, decia derriamando abundantes lágrimas y extendiendo sus brazos hácia el sitio en donde se hallaba Xicotencal. ¡Bendito seas tú, que con tu conducta borras para siempre las penas que me has causado!

—Los dioses han oido mis súplicas, exclamaba Amaiza. Cada dia estoy más orgullosa de haberme unido á tí.

Xicotencal, fuertemente conmovido, se dirigió al senado acompañado de Hernan Cortés en medio de las aclamaciones de cuantos le conocian.

Los elogios que de su valor hizo el caudillo de los españoles en favor de su protegido, las repetidas instancias que formuló para que se premiase su heroica accion, obtuvieron el resultado apetecido.

El Senado, por unanimidad, acordó devolver á Xicotencal el mando del ejército, y aquel solemne acontecimiento se celebró con gran regocijo en la ciudad.

Durante todo el dia se vió rodeada la morada del guerrero por los nobles y altos dignatarios de la república, acudian á

felicitarle por aquel rasgo que acreditaba una vez más su proverbial valor.

Hernan Cortés, terminado el consejo, despues de dar gracias al senado por haber accedido á sus súplicas, se dirigió, como era natural, á la morada de Magiscatzin para ver á Marina.

Los dias que habia vivido separado de la hermosa india le habian parecido siglos.

¡Amargas penas le aguardaban!

CAPITULO LXXXI.

Misterios.



DESEANDO sorprender á su amada, penetró en la morada de Magiscatzin sin avisar su llegada.

Recorrió todas las habitaciones, y no la encontró.

Marina habia desaparecido.

—¿Qué es esto, Dios mio? exclamó Cortés. ¿Qué nueva desventura me amenaza?

Y sin poder explicarse la causa de aquella desaparicion salió á buscar á Magiscatzin.

—Al partir para Tepeaca, le dijo con acritud, quedasteis encargado de mi fiel servidora, de mi leal intérprete, de esa india que tantos sacrificios ha hecho por mí. Acabo de ir á vuestra casa, y no la he hallado.

—¡Parece increíble lo que decís! exclamó profundamente conmovido aquel alto funcionario.

—Y sin embargo, desgraciadamente es verdad. Pero vos sois responsable de su desaparicion, y es preciso que inmediatamente me digais dónde se halla Marina.

—Os juro por mi honor, por la lealtad de mi afecto, que hace un instante, al ir al senado, quedó en mi casa.

La conciencia no me acusa de haberle dado motivo para fugarse de ella, y no me explico cómo ha podido tomar semejante determinacion.

La sinceridad que revelaban las palabras del presidente del senado, hicieron comprender á Hernan Cortés que era ajeno á aquel acontecimiento.

Inmediatamente mandó á sus servidores de más confianza recorrer los alrededores de la ciudad, con objeto de informarse del paradero de su amada.

El mismo, olvidándose por un momento de las atenciones que reclamaban su cuidado, exploró todas las casas de la ciudad.

Su desesperacion no tuvo límites al ver lo infructuoso de sus pesquisas.

La llegada de sus servidores le reanimó algun tanto.

—¿Qué habeis averiguado? les preguntó con febril impaciencia.

—Señor, preguntando por estas cercanías, nos ha asegurado un leñador que hace dos horas ha visto pasar á una india, desconocida en estos contornos. Por las señas que ha dado debia ser doña Marina. Añade que cuatro hombres la acompañaban, y que se han dirigido hácia Tepeaca.

Hernan Cortés no quiso oír más.

Les recomendó eficazmente que salieran en busca de Marina, y les ofreció premiar sus servicios, si lograban realizar sus deseos.

El lector debe saber lo que habia pasado.

Litzajaya no ignoraba las atenciones de que era Marina objeto por parte de Hernan Cortés, y los servicios que ésta le habia prestado.

Conocia que era un poderoso auxiliar del bizarro caudillo y formó el propósito de deshacerse de ella.

Habia sabido que los españoles se disponian á abandonar á Tlaxcala, y que Marina se quedaba allí.

Cuatro tepeaquezes penetraron con el mayor sigilo en la ciudad, y espiando la ocasion oportuna, se apoderaron de ella.

La india, infatigable siempre por el triunfo de la causa de los españoles, habia salido á dar un paseo para explorar el terreno y formar idea exacta de los alrededores de la ciudad.

No bien se hubo alejado de sus muros, cayeron sobre ella los que la acechaban, y por sendas y atajos llegaron cerca de Zempoala, adonde les aguardaba Litzajaya.

Un rayo de alegría brilló en la mirada de la india al ver en su poder á la favorita de Cortés.

Ordenó que la condujeran á una cueva, y encargó á sus guardianes que la trataran con las mayores consideraciones.

Estuvo amable, cariñosa con su prisionera, y manifestó grandes deseos de poseer una sortija que brillaba en la mano derecha de Marina.

Mucho le costó desprenderse de ella, porque era un regalo de su amante.

Pero tuvo que ceder á la presion de las circunstancias.

Litzajaya se retiró en cuanto obtuvo aquella preciosa joya.

La idea de cortar la retirada á los españoles no le abandonaba un instante.

Habia concebido un proyecto.

Lo primero que hizo fué acudir á visitar al cacique de Zempoala.

—Vengo á traeros, le dijo, una noticia importante. Acabo de saber que Hernan Cortés ha sido derrotado en un encuentro que ha tenido hace poco. Las escasas tropas que no han perecido en la lucha, se hallan poseidas de un terror pánico. A estas horas proyectan la retirada hácia Veracruz. Aprovechad esta ocasion para reconciliaros con el emperador de México; oponed resistencia á los fugitivos, y si logramos cortarles la retirada por esta parte, en breve caerán sobre ellos los que les persiguen, y su destruccion será completa.

El cacique no daba crédito á aquella noticia.

¿Cómo aquellos hombres, protegidos del cielo, habian sido vencidos tan fácilmente, cuando en cien combates habian salido victoriosos?

—¿Cómo era posible que huyeran, cuando su valor y su arrojo habia demostrado que no conocian el peligro?

¿Sería que los dioses habían aplacado ya su ira y que volvería á recobrar el imperio de México la alegría, el esplendor, la grandeza de otros días?

Litzajaya adivinó los pensamientos que ocupaban al cacique, y como no quería perder tiempo, añadió:

—¿No os halaga la idea de reanudar vuestra amistad con México?

—Ese es mi mayor deseo; pero las fuerzas que tienen los españoles en Veracruz pueden venir sobre nosotros y castigar la deslealtad que cometemos, rompiendo un pacto que solemnemente hemos formado con ellos.

—No tengais cuidado. Esos hombres deaparecerán pronto de allí. Vos, entre tanto, podeis reunir á todos vuestros vasallos, á los de las serranías, á los totonaques, para impedir la retirada de los españoles por estos dominios.

El cacique se comprometió á acceder á lo manifestado por Litzajaya, siempre que ella lograra alejar de Veracruz á los soldados de Cortés.

—Estad seguro de que lo conseguiré, le dijo la india al despedirse.

Y abandonando la estancia, se dirigió á la cueva en donde se hallaba Marina preocupada, más que de su situación, de la suerte de Hernan Cortés, porque ignoraba los resultados de su expedición á Tepeaca.

Cuando más preocupada se hallaba, le sorprendió la llegada de la india.

Asistamos á aquella entrevista.

CAPITULO LXXXII.

Una intriga.



Al presentarse Litzajaya en la prisión de Marina, habló en voz baja con los que la custodiaban, y se puso de acuerdo con ellos acerca de la conducta que debían observar.

Esta precaución alarmó á la india, y comprendió que se tramaba algun plan abominable.

Aparentando, sin embargo, la mayor serenidad, aguardó el momento en que se dirigiera á ella su opresora.

Litzajaya, dando á su voz una entonación dulcísima, con una amabilidad superior á cuanto pueda imaginarse, y al mismo tiempo aparentando tristeza por la noticia que iba á comunicarle, le dijo:

—No podeis imaginaros cuánta es mi pena al confiaros un suceso que ha llegado á mis oídos. Hernan Cortés, en el encuentro que ha tenido con los tepeaqueques, ha caído en su poder. No creais que yo vengo á gozarme en vuestro dolor: no abrigo tan mezquinas intenciones; y además, como yo he amado á un español, sé que vos sufrireis mucho al saber la desgracia de vuestro amante.

La sinceridad que revelaban las palabras de Litzajaya, hacían temer á Marina por la suerte de Hernan Cortés.

La india continuó:

—Sí, yo he amado á Velazquez de Leon. Me engañó villanamente, olvidó todas las promesas, todos los juramentos, y al